

Adolescencia: vacío de sentido, suicidio, muerte y renacimiento

María Cristina Griffa y José Eduardo Moreno¹

Introducción

La muerte es siempre motivo de dolor para los parientes y amigos, pero especialmente en el caso de un suicidio, pues la aflicción se entremezcla con sentimientos de vergüenza, de pérdida de la propia estima y de culpabilidad. Aún más, provoca también emociones opuestas: rechazo y fascinación; condena y aceptación; huida y tendencia a la imitación. En última instancia, el suicidio mismo se convierte en un interrogante por el sentido de la vida.

A lo largo de la historia y desde distintos ángulos, el hombre siempre intentó entender y tratar de desarmar todas las piezas de este rompecabezas, ya sea para lograr un armado completo y armonioso de esta situación límite, o bien, para que permanezca como una constante incógnita siempre acuciante.

El suicidio es ante todo y en cualquier época un acto locuaz, sea que "hable" el suicida o se hable del suicidio; es siempre algo inquietante. Con frecuencia a los profesionales de la salud que trabajamos con adolescentes nos impactan los actos o bien los intentos o las fantasías suicidas, o las conductas autoagresivas de nuestros pacientes.

Esta comunicación pretende mostrar que la preocupación por la muerte y las fantasías de suicidio forman parte de la problemática adolescente. De

allí que ocultarla o ignorarla no ayuda a resolverla ni alivia su dolor y no impide una actuación autoagresiva, ya sea el acto suicida o bien el micros suicidio.

La identidad como tarea del adolescente

Entrar en el mundo adulto significa para el adolescente la pérdida de su condición de niño; de allí que lo vivencie como algo deseado y temido. En este período se producen correlativamente cambios psicológicos y corporales que paulatinamente le permitirán construir una nueva relación consigo mismo y con el mundo. Esto será posible sólo si se elabora lento y dolorosamente el duelo por el cuerpo infantil, el duelo por la relación con los padres de la infancia y el duelo por la identidad infantil.

Por un lado, como resultante de estas elaboraciones, intentará insertarse gradualmente en el mundo social del adulto, para lo cual, entre otras cosas, se distanciará del presente proyectándose hacia el futuro a través de su fantasía planeadora y anticipadora y conquistará su autonomía, distinguiéndose del "ser con" y el "ser como" los padres. Pero, por otro lado, el mundo adulto que le exige definiciones estimula al mismo tiempo la fantasía de una moratoria social que encubre la dificultad de los mayores para aceptar la nueva identidad del adolescente. De este modo, el joven actual tiene más dificultades para encontrar su lugar en la sociedad que en épocas anteriores o en otras culturas. De allí que tenga la impresión de no ser necesario y de no ser deseado. Es decir, que se lo presiona a veces a seguir una carrera, a trabajar, a

¹María Cristina Griffa es Licenciada en Filosofía y Psicología, y José Eduardo Moreno es Licenciado en Psicología. Este trabajo libre fue leído el 28 de octubre de 1992 en el I Congreso Argentino de Salud Integral del Adolescente que tuvo lugar en Buenos Aires, Argentina.

iniciarse tempranamente en el sexo, pero se le permite sólo en forma ambivalente la conquista gradual de su espacio personal.

Abordaremos esta compleja problemática de la adolescencia con sus aspectos individuales y sociales desde un punto nuclear que es la búsqueda del sujeto por su propia identidad.

Etimológicamente identidad significa la misma identidad, es decir el mismo ser. No obstante, es importante tener en cuenta que en el transcurso del tiempo la identidad se establece a partir de un núcleo invariante que permite reconocerla como la misma en momentos diferentes y que a su vez permite desechar las variaciones accidentales.

Desde el punto de vista físico la identidad de cada individuo es la expresión de la información impresa en el ADN de los cromosomas. De tal modo que cada célula de nuestro cuerpo en su núcleo lleva impresa esta identidad o plano constructivo de cada individuo. Esto es, por un lado, el resultado de una particular combinatoria heredada de las características de los padres de las cuales unas se encarnan y otras se reprimen (genes recesivos). Por otro lado, es el resultado de una asociación antigénica específica que le confiere individualidad bioquímica ya que llevamos en la membrana de cada célula un distintivo bioquímico o patente de *yoicidad*. Por lo tanto hay una identidad y una memoria inmunológica. Es decir, que el sistema inmunológico preserva la identidad bioquímica de cada individuo ya que reconoce y diferencia lo "propio" de lo "ajeno".

Desde el punto de vista psicológico, la identidad es el producto de una particular combinatoria de identificaciones mediante las cuales asimila y hace propias las cualidades del modelo. Los modelos primarios son los padres y sus antepasados con quienes se ha establecido un lazo afectivo (hermanos, tíos, maestros, por ejemplo). Estas identificaciones permiten distinguir lo familiar de lo extraño, así como la identidad inmunológica discrimina lo propio de lo ajeno.

La identidad a nivel biológico está sellada en el momento de la concepción y la identidad psicológica se desarrolla como un proceso lento y gradual que permite integrar desde el núcleo de la mis-

midad los sentimientos de unidad y seguridad que se gestaron en la vida intrauterina. La imagen del cuerpo propio es producto del vínculo especular con la madre y de la autoexploración. La consistencia y la confianza básica construidas en ese vínculo amoroso forman parte de las bases de la autoestima, del ideal del yo, del conocimiento de sus límites y capacidades, de los roles consistentes y del sistema de valores. La identidad no sólo es un proceso de reconocimiento y una operación constitutiva que nos permite distinguarnos de los demás, sino que también asegura el desarrollo de la conciencia de pertenencia a un grupo y a un momento histórico.

Esta búsqueda de su identidad en un mundo actual, que como ya dijimos no otorga con facilidad un lugar al joven, torna su vida cada vez más compleja, dificultosa y a veces intolerable. De modo que la sensación de frustración, el fantasma del fracaso, la angustia y el miedo pesan aún más que la alegría por la vida y tienden actualmente más a despersonalizar, mimetizar y convertir al anonimato, que a ayudar en este proceso de apropiación de la identidad. Por ejemplo un adolescente nos expresaba: "Quiero ser como Jim Morrison, el del conjunto *The Doors*, que vivió una vida muy intensa pero breve".

Como ya hemos dicho, el adolescente abandona su cuerpo infantil para alcanzar, mediante distintos cambios corporales, el cuerpo adulto que se caracteriza fundamentalmente por la capacidad de engendrar. Paradójicamente, al descubrir esta capacidad se encuentra también con la posibilidad de morir. Es decir que la fantasía de muerte en la adolescencia está ligada al cuerpo que cambia. Desde éste emerge la amenaza de la muerte ya que el cuerpo es una realidad en constante cambio, se construye y se destruye, se mutila y también envejece. Estas representaciones acercan a su conciencia la fantasía de muerte. Así dicen: "Morir joven para no dejar de ser joven: me aterra ser viejo, me vuelve loco pensar en caminar con un bastón". Siguiendo esta perspectiva, paradójicamente, el orgasmo y la eyaculación constituyen la expresión suprema del poder y de la vida, pero también de la autodestrucción y de la muerte. Ya que, por otro lado, sepultan el cuerpo infantil y sólo así podrá engendrar y dar vida, pero por otro lado, el semen creador de vida es vivido en la fantasía como pérdida de energía,

de vitalidad. De este modo se vincula vida y fantasía de autodestrucción.

Del mismo modo, el intento de lograr su identidad lo lleva a buscar un proyecto de vida que por un lado es autoafirmación y por otro es autodestrucción física y psíquica. Concluyendo, en la adolescencia se da este constante oscilar entre la vida y la muerte, entre la creatividad y la destructividad.

Consecuentemente, la muerte se convierte en una temática constante en todas las expresiones del adolescente, ya sea en sus conversaciones, en sus poesías o en sus diarios íntimos. Padadojalmente esta fantasía coincide con una actitud externa plena de euforia y de vitalidad. Así un adolescente se apropia de un modo personal de la muerte y dice: "Encuentro muy divertido jugar con la muerte", o bien: "Por momentos me preocupa y hasta la deseo".

Es interesante tener en cuenta que la escala ascendente de los seres vivos es a la vez una escala ascendente en la muerte, ya que en los seres inertes no hay un morir sino sólo un cesar, que los seres unicelulares se reproducen por bipartición y esto alienta la fantasía de inmortalidad. Pero es en los organismos superiores donde aparecen relacionadas la vida y la muerte de modo que cuanto más individual y complejo es un ser, más clara es su posibilidad de morir, ya que ésta es justamente la ruptura de su unidad.

De este modo, en el adolescente se quiebra la unidad infantil para que pueda nacer otra más compleja, que asuma a la anterior, pero bajo su primacía. Esto implica —según el psicoanálisis— elaborar sus fantasías de suicidio que se ligan a las de inmortalidad, alentado por el deseo infantil de regresar al paraíso perdido, de renacer. Así se entroncan los niños con los seres unicelulares en la fantasía de la inmortalidad. El adolescente ante sus experiencias de impotencia se refugia habitualmente en este "mundo mejor", donde nada malo le puede suceder, adonde renace pero ya inmortal. Por ejemplo dice: "Se acabó todo, te vas al cielo, ya no hay preocupaciones; me lo imagino como algo bueno".

Esta búsqueda de la identidad propia por parte del adolescente, que lo enfrenta con el drama de la muerte de lo infantil para nacer al mundo adulto, es también el encuentro con el extrañamiento, es

decir con lo siniestro, con lo familiar que se vuelve desconocido.

De allí que en el complejo de muerte del adolescente coexistan las acciones de autodestrucción, los "accidentes", las mutilaciones, con las fantasías de suicidio que reemplazan a la acción y con el miedo a la locura como muerte psíquica.

Frente a esta tarea de búsqueda de su identidad enfrentando el complejo de muerte, cada adolescente recorre una o varias soluciones, entre las cuales podríamos nombrar:

1. No "puede" asumir la crisis, la dificultad de crecer, y regresa a comportamientos infantiles;

2. Niega maníacamente sus aspectos infantiles y se impone conductas exteriores de un adulto; imita un rol que todavía no puede "llenar";

3. Se sobreidentifica con los héroes propuestos por la sociedad hasta el punto de aparentar una pérdida de individualidad;

4. Se enamora como tentativa de búsqueda de su propia identidad;

5. Se vuelve cruel e intolerable, o a veces indiferente, como defensa ante el sentimiento de pérdida de su identidad;

6. Irrumpen en él frecuentemente fantasías suicidas que tienen un papel vicariante pues reemplazan a la acción.

No podemos dejar de nombrar dos fracasos ante la problemática de la identidad adolescente, que son:

1. La esquizofrenia como experiencia extrema de extrañamiento y confusión de identidad.

2. El suicidio como concreción de la destrucción de su identidad, como autocastigo ante una culpa y traición vivida como irreparable, como venganza y rebelión, como intento omnipotente de eludir la realidad vivida como penosa, como búsqueda del paraíso perdido relacionada con la fantasía de inmortalidad y de dicha, como una manera de mantener el vínculo narcisista y negar la necesidad del otro.

Es importante considerar que el suicidio aparece en la adolescencia, sea como fantasía o como actuación, ligado al intento de escapar a las

experiencias de caos y de vacío que lo acucian. El hombre a través de su historia ha mostrado de mil maneras sus intentos para huir de dos vivencias que le resultan insoportables: por un lado la nada y el vacío, el límite y la ausencia del ser; por otro lado el caos, la confusión y el desorden. Ante ambas experiencias surge la angustia y de ésta se defiende el yo de múltiples formas, como por ejemplo con la locura o con el suicidio antes mencionado.

Es así como en el adolescente emerge la fantasía de suicidio porque considera que su existencia no significa nada; es decir, porque no puede soportar psíquicamente esa forma de vida que es el “no significar nada” y “no ser nada”. Ha perdido el contacto integrador con el mundo y por esa razón siente que ya nada tiene sentido. De este modo algunos expresan esta vivencia diciendo: “No puedo ser lo que desearía ser . . . o acepto que soy absolutamente sin valor o mi única salida es oponerme a todo este horror y no vivir más”.

Otros manifiestan un aparente deseo de destrucción que encubre su desesperación ante la posibilidad de que los demás puedan reconocer sus dificultades, su deseo de expansión, su intento de dar sentido a la propia vida y de este modo fracasan socialmente ante aquellos adultos a quienes quieren demostrar su capacidad. Así un joven que deseaba lograr una brillante carrera social y obtener la estima de todos ante su dificultad para “llenar” este ideal y sintiéndose pobre ante semejante exigencia al punto de experimentarse como vacío, nos expresó en diversos momentos: “Me quedé dormido justo hoy que tenía que rendir mi última materia”, “Me caí y me ensucié el traje cuando llegaba a la entrevista de trabajo que mi padre me había conseguido”.

Conclusión

Podemos caracterizar la adolescencia como este período de tránsito, de migración, que implica abandonar aquellos objetos que hasta ese momento eran necesarios para abrirse a otros. De allí que la adolescencia como proceso de separación implica pérdida y elaboración del duelo que en sus períodos iniciales están rodeados normalmente de fantasías suicidas.

Sólo si el adolescente se atreve a vivir esta experiencia logrará lentamente abrirse al mundo, am-

pliar sus horizontes, cambiando las *catexias* de objeto y sólo así podrá amar, procrear, integrarse a la sociedad.

Por último, reflexionemos acerca de la actitud del adulto ante esta problemática, consideramos que dada su complejidad y el impacto que nos produce —pues reactualiza nuestra propia crisis adolescente facilitándonos así su resignificación—, es necesario un clima de espera y comprensión para que este proceso no se retarde ni se acelere. El adulto tendría que ser capaz de recibir la inquietud, las ansiedades y las fantasías suicidas del adolescente, procesarlas y devolvérselas de un modo tal que pueda comprenderlas y sentir su contención y su amparo. Es decir que, aun reconociendo la dificultad que estas palabras encierran, enfatizamos que la actitud de diálogo, la escucha atenta, la presencia activa, la mirada aceptadora y la palabra apropiada en el instante justo, constituyen este nuevo nacimiento.